



Efectos de la Encarnación para nosotros

[ Audio [SoundCloud](#)]

[ Audio [G Drive](#)]

San Ignacio, en la contemplación de la Encarnación, tercer preámbulo (E.E. nº 104) dice: *«pedir lo que quiero: conocimiento interno del Señor que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga».*

Si no tuviera efecto hoy para nosotros, nos serviría de muy poco. [...] ¿Qué finalidad tuvo Dios al encarnarse? redimir a los hombres, curarles de sus llagas, librarles de la esclavitud del demonio, curar la enfermedad de sus pecados. Lo dice la Santa.

«¡Oh, qué recia cosa os pido, verdadero Dios mío: que queráis a quien no os quiere, que abráis a quien no os llama, que deis salud a quien gusta de estar enfermo y anda procurando la enfermedad! Vos decís, Señor mío, que venís a buscar los pecadores; éstos, Señor, son los verdaderos pecadores; no miréis nuestra ceguedad, mi Dios, sino la mucha sangre que derramó vuestro Hijo por nosotros» (Exclamaciones del alma a Dios 8,3).

Dios se encarnó para salvar a los hombres y reconciliarnos con Él. En el Credo confesamos: *«Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo, y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María la Virgen y se hizo hombre».* *«El Padre envió a su Hijo para ser salvador del mundo»* (1Jn 4,10).

«Ya yo veo, Esposo mío, que Vos sois para mí; no lo puedo negar: por mí vinisteis al mundo, por mí pasasteis tan grandes trabajos, por mí sufristeis tantos azotes» (Conceptos del amor de Dios 4,6).

Dios se encarnó para hacernos partícipes de su naturaleza divina, para emparentar con los hombres y hacerse hermano nuestro.

«¡Oh cristianos, cristianos!, mirad la hermandad que tenéis con este gran Dios; concedle y no le menospreciéis» (Exclamaciones del alma a Dios 14,2).

Nos eleva nuestra naturaleza humana, porque al hacerse hombre, al compartir la nuestra, nos hace *«imagen y semejanza suya»* (Gén 1,27). Somos no solo hermanos, sino miembros del mismo cuerpo del que Él es la cabeza. Consanguíneos con Dios, han dicho algunos Santos Padres.

«También he pensado si la esposa pedía aquella unión tan grande como hacerse Dios hombre, aquella amistad que hizo con el género humano» (Conceptos del amor de Dios 1,11).

Dios se encarnó para dejarse ver de los hombres, para vivir con los hombres, y que los hombres le amen: *«El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros»* (Jn 1). [...] Por la Encarnación, el hijo de Dios es el *«Emmanuel, que significa: Dios con nosotros»* (Mt 1,23). De los nombres de Cristo, este es el más dulce para nuestros oídos: *«Dios con nosotros»*. [...]

«¡Oh hermosura que excedéis / a todas las hermosuras! / Sin herir dolor hacéis, / y sin dolor deshacéis, / el amor de las criaturas. Oh ñudo que así juntáis / dos cosas tan desiguales, / no sé



por qué os desatáis, / pues atado fuerza dais / a tener por bien los males. / Juntáis quien no tiene ser / con el Ser que no se acaba, / sin acabar acabáis, / sin tener que amar amáis, / engrandecéis nuestra nada» (Poesías 6).

Nunca le estaremos lo suficientemente agradecidos a Dios por esto. Ni a María por su Sí, que lo hizo posible. Este es el gran efecto de la Encarnación: que cambia por completo nuestra condición, con relación a Dios y entre nosotros y esto lo deben notar los demás.

Cuenta Malcolm Muggeridge, anglicano converso: *«La Madre Teresa de Calcuta ha sido una las personas que más influencia han tenido en mi decisión final de ingresar en la Iglesia católica: resulta imposible estar a su lado, oírla, ver lo que hace y cómo lo hace, sin sentirse convertido en alguna medida... Su sencilla presentación del Evangelio y su alegría al recibir los sacramentos, atraen irresistiblemente a quien tiene ocasión de estar cerca de ella. Ningún libro de los que he leído, ningún discurso, ninguna ceremonia, ninguna relación humana o experiencia me han acercado tanto a Cristo ni me ha hecho tan consciente de lo que la Encarnación significa para nosotros»*¹. Su vida era distinta porque era muy consciente del «Dios con nosotros».

San Ignacio en el coloquio (E.E. nº 109) dice: *«a la Madre y Señora nuestra, pidiendo gracia, según lo que sintiere en mí, para seguir e imitar más al Señor nuestro que acaba de encarnarse»*.



Solo Dios basta, ... ¡Ave María y adelante!

¹ MUGGERIDGE MALCOLM, Conversión. Ed. Rialp. Madrid, 1991, p. 14.